

China: reformas socialistas y teoría económica

Dr. Julio A. Díaz Vázquez *

En este artículo se abordan sucintamente las principales etapas e interpretaciones teóricas debatidas o aceptadas en la economía política del socialismo, desde la creación de la República Popular China hasta nuestros días. Igualmente, son glosadas algunas de las valoraciones que en el plano teórico-político se hacen de las reformas en marcha en el país asiático.

Introducción

LAS EXPERIENCIAS conocidas hasta y después de la instauración del socialismo en Europa —incluyendo posteriormente los países del Este del continente— conoció de diferentes situaciones e intentos para reformar el funcionamiento de la economía. Cabe recordar que la formación en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) de lo que luego se intelectualizó como “modelo económico socialista clásico” tuvo como premisas esenciales en lo económico, político y social, tres pilares básicos.

Los componentes que definían el “modelo” eran determinados por: economía centralizada —donde la planificación excluía un papel activo a los mecanismos de mercado y la moneda desempeñaba funciones pasivas— en lo político la existencia del Partido único junto a la “dictadura del proletariado” como forma más desarrollada de democracia.

En lo social, garantía de educación, salud, trabajo, vivienda, descanso y seguridad en la vejez para todos los ciudadanos. Elementos indivisos, integrados en fusión monolítica en las instancias estatales y gubernamentales bajo la incuestionable subordinación al partido.

* Profesor titular del Centro de Investigaciones de la Economía Internacional, Universidad de La Habana.

El proyecto socialista tejido en la URSS, como alternativa al régimen burgués o capitalista, quedó uncido al devenir de un “modelo” que hizo de la ideología el factor integrador de las relaciones sociales. El funcionamiento de las instituciones económico-político-sociales decursaba de la esfera ideológica a la política y de esta a la economía. Dicho de otro modo, la ideología se erigió en sostén del proyecto social y ente aglutinador de la unificación dada entre las áreas políticas, económicas y estatales.

No resultó un fenómeno aislado que cada ciertos intervalos de tiempo el funcionamiento de las economías socialistas se vieran abocadas a reformar los mecanismos económicos aplicados, así como a modificar los indicadores y categorías contenidos en el plan de la economía nacional.

Una breve incursión en la retrospectiva histórica recoge que así sucedió, a mediados de la segunda mitad de los años treinta en la URSS; se hicieron apremiantes a finales de los años cincuenta y a partir de la segunda mitad de los sesenta, comienzan a manifestarse como un objetivo intrínseco que brotaba en periodos oscilantes entre cinco y diez años.

El socialismo implantado en Europa del Este tampoco escapó a estos ciclos reformadores desde la década de los años sesenta. Como en la URSS se argumentó que estas economías experimentaban la urgencia de transitar de modelos de desarrollo extensivos hacia métodos intensivos de crecimiento económico, espoleados por la necesidad de asimilar los cambios tecnológicos que ocurrían en la economía internacional.

Hoy es posible afirmar después de haber asistido al naufragio del “modelo económico socialista clásico” gestado en la URSS desde finales de los años veinte e inicio de 1930, y las variantes instrumentadas en el centro y este europeo, incluida la experiencia autogestora yugoslava que las economías centralizadas socialistas carecieron de propiedades genéticas autocorrectoras.

De esta manera las desviaciones indeseables que aparecían en el desenvolvimiento económico, en determinado momento, debían paliarse con reformas periódicas. Sobre los cambios en la planificación, la administración territorial, la dirección de la economía, en los sistemas de incentivos económicos, etc., prevalece un consenso generalizado en cuanto a que las causas raigales de los conflictos y desproporciones radiaron de la organización y funcionamiento del propio “modelo”.

Tampoco es ocioso recordar que, en sus orígenes, en el “modelo económico socialista clásico” el Estado-propiedad-empresa se identificó con la base de la eficiencia económica. Las evidencias históricas revelaron que la propiedad, entendida como derecho para disponer de los excedentes económicos y tomar decisiones sobre la asignación de recursos, no es lo determinante para hacer más eficaz el manejo de la economía.

A su vez, hay certezas convincentemente abrumadoras para sostener que el mercado se torna irracional al asimilarse dentro de mecanismos monetarios-financieros formales. Parece corroborarse, como hecho irrefutable, que el mercado como instrumento viabilizador de las relaciones económicas exige espacios debidamente institucionalizados, y un “entorno económico-jurídico-social” adecuado para su racional funcionamiento. Es más, el propio legado a la posteridad del “modelo económico socialista clásico” con demasía, patentizó el carácter deformador que desempeñan los elementos monetario-mercantiles, al injertarse en el funcionamiento centralizado y vertical de los vínculos económicos.

Teniendo como trasfondos iniciales las anteriores generalidades al intentar una mirada abarcadora a la teoría en las ciencias económicas en la RPCH es perceptible la compleja trayectoria que ha seguido. Esto se manifiesta, con mayor nitidez, al valorar en el tiempo transcurrido los diferentes criterios teóricos que afloraron al iniciarse la aplicación de las “cuatro modernizaciones” aprobadas en la III Sesión Plenaria del XI Comité Central del PCCH, el 22 de diciembre de 1978. Con ellas se inician las fases reformadoras que han tocado con más profundidad la economía y el ordenamiento social de China y en menor medida, la esfera política, hasta nuestros días.

Por último, la copiosa información sintetizada hizo recomendable prescindir de las citas; esta omisión queda compensada, en parte, en la bibliografía adjunta. El lector interesado hallará en ella una guía mínima para orientarse en tratamientos más detallados, en la gama de conceptos teóricos y categorías económicas sometidas a juicios, así como las reformulaciones realizadas por los especialistas chinos, en particular, en los últimos veinte años.

La teoría económica entre 1950 y 1976

Todo intento de periodizar un fenómeno social debe contener criterios sustentables científicamente, aunque no exento de nociones subjetivas, además de reflejar las aristas que el investigador desea enfatizar. Valoramos aceptable sugerir *siete etapas* identificables en los análisis que los estudiosos chinos de las ciencias económicas han realizado en los más de cincuenta años de experiencias socialista en el desarrollo económico del país.

Puede admitirse que entre 1949 y 1957, fecha en que se cumple el primer Plan Quinquenal, transcurre el primer acto en la incipiente formación teórica y práctica del pensamiento económico socialista chino. Al influjo de la “nueva democracia” (fase democrática-burguesa) con la instauración de la RPCH y la asimilación de los postulados del “modelo económico socialista clásico”, la atención recayó, entre

otras, en las cuestiones de la planificación, la industrialización, socialización de la agricultura y la producción mercantil en el socialismo.

Pero, al aparecer, la corriente “izquierdista” con Mao como impulsor principal, tendente a acelerar la construcción socialista mediante el “gran salto”, hace que la teoría en la ciencia económica entre 1958 y 1965 pierda su carácter objetivo. Al regirse por la “política en el puesto de mando” y más tarde, al “tomar como base la lucha de clases” se generalizan en las ciencias sociales los métodos políticos; se simplifican, absolutizan y esquematizan los planteamientos teóricos de los clásicos del marxismo.

Se difunde la tendencia a explicar únicamente la política partidaria del momento y se abandona el estudio de las leyes económicas que, en la visión de la época, caracterizaban al socialismo. Se abre, así, una nueva y segunda vía en la teoría.

Al proclamarse la “revolución cultural” —período conceptuado como de desfreno del idealismo— las valoraciones convergen hacia la aceptación que, desde 1966 y hasta 1975, la economía dejó prácticamente de existir como ciencia. Las investigaciones teóricas y aplicadas en este campo constituyeron una “zona arriesgada”; se entronizó el culto religioso a las citas.

Por fuentes autóctonas se ha señalado que en la Universidad de Pekín de 90 docentes, 73 sufrieron persecuciones y 23 perdieron la vida. En rigor, en esta tercera etapa, desaparecieron las diferencias entre propaganda política y estudios científicos en las ciencias sociales y en primer lugar, en la economía. La muerte de Mao, la salida de sus continuadores de los órganos de dirección partidistas, junto a la orientación reformadora abierta desde finales de 1978, permiten hablar, del resurgir en el interés por las cuestiones inherentes a la teoría en las ciencias económicas.

La teoría económica en las cuatro modernizaciones

Los cambios en la máxima dirección del PCCH y el Estado encuentran cause adecuado en el viraje que sufrirá la política económica seguida hasta entonces. Así, entre 1976 y 1980 van a perfilarse nuevos derroteros en el devenir posterior del desarrollo económico del país.

En esta etapa o cuarto momento, sale a la luz una acerba lucha ideológica y política que involucra, de una parte, a los partidarios de los métodos tradicionales e izquierdistas de gestión económica. Expresado de otro modo, aquellos que abogaban por las “bondades” del estilo administrativo u ordeno y mando conocidos en el pasado, por la aceptación de la naturalización de las relaciones económicas y el rechazo a todo carácter mercantil en la dirección de la economía.

De otro lado se agrupaban las corrientes que percibían la aguda necesidad de cambios profundos en la economía; y abogaban, en sugerencias más que en propuestas, por nuevos y significativos métodos de desarrollo económico y social del país. Pero, con fuerza planteaban el carácter objetivo de las leyes económicas y quizás, lo más importante, aparecen ciertos elementos de buscar en la realidad “un enfoque específico” ante la situación y contradicciones que mostraban la economía y sociedad china en ese momento.

Corresponden a los años transcurridos entre 1980 y 1984 el verdadero despertar por “emancipar la conciencia”, dejar atrás la “bibliolatría,” desterrar el “pensamiento rutinario” y proceder a “enderezar la línea ideológica”. Para los sinólogos este quinto instante es el más rutilante en la historia de la teoría y el desarrollo del pensamiento económico en la RPCH.

Muchos eventos y cientos de publicaciones trajeron entre los especialistas, académicos y economistas chinos a primer plano, cuestiones sobre la ley de valor, el sistema de leyes y la ley fundamental en el socialismo, los temas de plan y mercado, la economía mercantil socialista, las formas de propiedad, la distribución con arreglo al aporte individual, el trabajo productivo y no productivo, la estrategia, el carácter de la reforma y otras cuestiones de interés.

Estas materias fueron parte relevante de los disímiles tópicos ventilados y concitaron el centro de los debates; sin olvidar que en septiembre de 1982 se efectuó el XII Congreso del PCCH. Este foro realizó una acerba crítica al izquierdismo, a la herencia de las erróneas teorías, políticas, dogmas y consignas de la “revolución cultural”; y llamó a promover el auge de la economía en todos los terrenos.

Entre los resultados reconocidos como avances en el despertar de la teoría en las ciencias económicas pueden destacarse varios tópicos. Fueron dilucidadas las regularidades del origen y desarrollo de la economía cooperativa; revelados la pluralidad de los métodos de dirección, y quizás, las bases teóricas de más alcance en lo inmediato, las peculiaridades de la estructura de las relaciones de producción en la etapa “inicial del socialismo”.

Importante resultó el esclarecimiento de los objetivos de la producción socialista y los mecanismos de su realización; reflejados los rasgos particulares de la producción mercantil en el socialismo y el papel de la ley del valor. El análisis de los modelos de economía socialista; la determinación de la estrategia de fomento de la economía nacional, y la elaboración de una política económica externa de carácter abierto.

Le correspondió a la Disposición del Comité Central (CC) del PCCH sobre la Reforma de la Estructura Económica —aprobada en octubre de 1984, por la III Sesión Plenaria del XII del CC— según los textos y declaraciones de prestigiosas personalidades de las ciencias sociales chinas, provocar rupturas en la economía política del socialismo.

Asimismo, desbrozó un vasto campo de análisis en el estudio de la teoría económica. Entonces, puede considerarse que, entre 1985 y 1992, se abre el sexto hito en el desarrollo del pensamiento económico chino. La Disposición se empleó en calidad de base metodológica en las investigaciones económicas; abrió horizontes para el estudio de nuevas áreas en las ciencias económicas en el país; en materias de economía y matemáticas, técnico-económicas, teoría de los sistemas óptimos económicos, economía de las diversas esferas de la infraestructura, medio ambiente, etcétera.

También irrumpe con fuerza la utilización de métodos no empleados o poco usados en la investigación económica; entre los que sobresalieron, teoría de sistemas, informática, teoría del control, intensificación de la búsqueda de un nuevo sistema económico científico del socialismo, la aspiración a crear una nueva economía política “específicamente china” y otros.

Al carácter innovador de la Disposición se sumaron los debates sostenidos en el XIII Congreso del PCCH celebrado en octubre de 1987. Quedó generalizada la interpretación del camino “socialista con peculiaridades chinas” y en consecuencia, fue consagrada la categoría teórica de la “etapa primaria del socialismo”; se ratificó la estrategia para el desarrollo económico aplicada y continuar con la reforma de la estructura de la economía.

Sin pretender una valoración exhaustiva de los giros producidos en la teoría y en las ciencias económicas chinas en estos años, resulta relevante que al parecer fueron superadas las reminiscencias dogmáticas e izquierdistas del pasado.

La atención preferente en las publicaciones la acapararon, en lo fundamental, el carácter objetivo de las leyes económicas, la distribución con arreglo al trabajo, lo multifacético de la propiedad de los medios de producción en la fase socialista, las peculiaridades del consumo en el socialismo, la vigencia de la competencia, la economía mercantil socialista planificada, la planificación indicativa, la macroeconomía y el mecanismo económico socialista, el empleo de formas de propiedad anónimas, quiebra de las empresas, etcétera.

No puede afirmarse que toda la gama de problemas apuntados contaron con el favor o consenso generalizado de la gran mayoría de los científicos. Aunque, ciertamente, florecieron los debates y foros que trataron en sus diferentes perfiles las cuestiones teóricas y concretas de la economía, y se contaron por millares los materiales que mensualmente aparecieron sobre esos temas.

Al tiempo que los propios estudiosos chinos señalan, con franqueza, que aún las ciencias económicas adolecían de la docilidad con que suele adaptarse la teoría a los cambios en la política, el retraso relativo de las investigaciones en el área de la economía política, y el evidente rezago del pensamiento teórico con respecto a la práctica que representaba la marcha de la propia reforma.

Por último, le correspondió a los documentos llevados y aprobados en el XIV Congreso del PCCH, efectuado en octubre de 1992, marcar el rumbo y causas por los que discurre, en la actualidad, la teoría y el interés de las ciencias económicas chinas. Se abrió, de este modo, la séptima y última fase en la periodización utilizada.

En especial, este camino se concreta en tomar la “práctica como único criterio de la verdad”, “emancipar las mentes” y “respetar las iniciativas de las masas”. Se reafirmó el carácter científico de la “etapa primaria del socialismo” y lo prolongado de su vigencia (se habla de que durará no menos de 100 años); esta realidad básica nacional parece que condicionará el largo futuro próximo y será el mejor antídoto, para no apartarse de ella con intentos de obviar dicha etapa.

Fue determinada la contradicción principal de la sociedad china; la derivada de las crecientes necesidades materiales y culturales de la población, y el atraso de la producción social. Se proclamó, como criterio para juzgar lo que es correcto, erróneo, provechoso o desventajoso, lo que favorece al “desarrollo de las fuerzas productivas”, el “poderío integral del país” y a “elevator el bienestar de la población”.

La reforma en curso constituye la vía obligada para modernizar la sociedad, teniendo como objetivo crear y perfeccionar la estructura de una “economía de mercado socialista” asentada en la “propiedad pública”, y el principio de “a cada uno según su trabajo”; aceptando, como complemento, otros sectores de la economía y modalidades de distribución.

En el plano externo se ratificó la continuación de la política de apertura, dirigida a atraer y a utilizar los frutos avanzados de la civilización de los diversos países del mundo, incluidos los capitalistas desarrollados. Las garantías políticas para la estabilidad interna radican en cuatro pilares centrales: la persistencia en la senda socialista del desarrollo económico, la dictadura democrática popular, la dirección del PCCH, el marxismo-leninismo unido al pensamiento de Mao Zedong.

Al elevar y llamar a profundizar la teoría de la “construcción” de un “socialismo con peculiaridades chinas”; en la “etapa primaria”, se erige como eslabón central el desarrollo económico, la fidelidad a los cuatro principios, persistir en la reforma y la apertura, apoyarse en los propios esfuerzos y hacer de China un país socialista moderno, próspero, democrático y civilizado.

Esta línea quedó sintetizada en la parábola “un centro y dos puntos básicos” (la construcción económica, lo fundamental; los cuatro principios, cambio y apertura como soportes). Traducido al lenguaje del “hombre de a pié”, hace un llamado a no dejarse atar las mentes y las manos en polémicas abstractas sobre qué denominar capitalista o socialista. Es decir, se revitaliza el postulado “confuciano” de *“quién pregunta por el color del gato si caza ratones”*.

El centro de gravedad se trasladó a la relación entre planeamiento y mercado. Se llamaba a romper la dicotomía de ver en la “economía de mercado” algo inherente al capitalismo. Y la “planificación” solo privativa del socialismo. Fue recordado que el XII Congreso del PCCH había sancionado que la economía planificada era lo primario y el mercado un medio auxiliar. La III Sesión Plenaria del XII CC había clarificado que la economía mercantil era un momento en el desarrollo de la sociedad que no podía quebrantarse; la economía “mercantil planificada” tendría en la “propiedad pública” el pilar sustentador del carácter socialista de la sociedad china.

En esta evolución el XIII Congreso ventiló que la armazón de la economía mercantil planificada socialista debía conjugar planeación y mercado. En otras palabras, el Estado regulaba el mercado y este servía de canon para orientar el comportamiento de las empresas. Esto quedó refrendado en la IV Sesión Plenaria del XIII CC (junio de 1989) al trazar directrices para el uso de mecanismos económicos y de funcionamiento que se ajustaran al desarrollo de la economía mercantil planificada.

Por esta vía se sancionaba que la planeación como el mercado no eran otra cosa que instrumentos económicos. En consecuencia, se afirmó que lo que distinguía al socialismo del capitalismo no era que hubiera más de uno u otro elemento. Sin embargo, no se pasaban por alto los puntos débiles y negativos del mercadeo, al tiempo que se planteaba reforzar, perfeccionar y regular el control macroeconómico por parte del Estado.

Se agregaba, además, la importancia de fomentar un mercado unificado nacional, impulsar los elementos mercantiles racionales, orientar su desarrollo sano, conforme a los requerimientos derivados de las leyes objetivas. Utilizar debidamente la política económica, los reglamentos económicos, la orientación planificada y los métodos administrativos necesarios.

En lo que se refiere a las formas de propiedad se recalcó el papel rector que deberá desempeñar la pública (estatal y colectiva), complementadas por los sectores individuales, privado, el mixto con capital extranjero y el totalmente foráneo. Se planteó que esta estructura se desarrollará por largo tiempo, pudiéndose establecer voluntariamente, entre ellas, variadas formas de explotación. Por Ley, fue sancionado que todos los tipos de propiedad disfrutaran de los mismos derechos; creándoseles condiciones para que concurren al mercado y, a través de la competencia, se ajusten a las reglas de juego, diseñadas mediante el empleo de mecanismos macroeconómicos financiero-mercantiles.

Quedó establecido que el plan era una de las más importantes formas de regulación y control macroeconómico; debía renovarse la comprensión acerca de qué es plan, y mejorar los métodos de su elaboración. Concentrarse en determinar racionalmente las metas estratégicas del desarrollo económico y social. La

atención en el plan debía recaer en la regulación y control de la oferta y demanda globales para mantener los principales equilibrios económicos; en la distribución planificada de las fuerzas productivas; utilizar, en forma integral, las palancas económicas para impulsar el crecimiento rápido, viable y balanceado de la economía.

Por otra parte, se fijó el objetivo de lograr ritmos de crecimiento más o menos acelerado en los años siguientes, de modo tal que el producto interno bruto (PNB) se cuadruplicara con respecto a 1980 en el 2000. Fue alcanzado en 1996. Se proclamó que pobreza no era igual a socialismo; pero, por otro lado, se expresó que era imposible que todos los chinos alcanzaran el bienestar al mismo tiempo.

Por ello, era necesario permitir y estimular a algunas zonas y personas a alcanzarlo antes que otras. Esto debía de servir de acicate para impulsar a más regiones e individuos a lograr la prosperidad común. En otro plano del análisis, a inicios de los años noventa, las cuestiones teóricas que habían ocupado la atención de los científicos en los últimos doce años eran factibles resumirlas, fundamentalmente, en diez grupos.

Así, ante todo, en la “fase primaria del socialismo” se destacó que la imperfección como la inmadurez del socialismo, impiden revelar en plena medida sus ventajas; de conjunto, el nivel de las fuerzas productivas es bajo, presentan desigualdades muy marcadas, desarrollándose de manera desequilibradas.

Las relaciones de producción se caracterizan por la coexistencia de variadas estructuras económicas; son necesarios distintos métodos de distribución. Si bien el sistema político se constituyó en forma de dictadura democrática del pueblo, la democracia y el sistema jurídico son aún imperfectos. Están presentes las influencias sensibles de la herencia feudal, del capitalismo y la fuerza de la costumbre de los pequeños productores.

En el tratamiento de la relación Plan y Mercado predominaron diferentes puntos de vistas. Un grupo de economistas consideró que la economía planificada era el rasgo esencial del socialismo; sostuvieron que si bien en esa fase es necesario desarrollar la producción de mercancías y el cambio, esto no significa que el socialismo se identifique con la “economía de mercado”.

Para otros, la economía socialista es dual; posee rasgos de la economía planificada y de mercado; ello condiciona la existencia de relaciones monetario-mercantiles; es planificada pero se basa en la producción y el intercambio de géneros. La economía mercantil debe reconocerse como rasgo esencial del socialismo.

En lo relativo a la regulación mediante el plan y el mercado tres fueron los criterios mayoritarios, donde se polarizaron las opiniones de los especialistas. El modelo planificado era aplicable a las empresas y obras en construcción necesarias para el conjunto de la sociedad; por tener importancia para la economía nacional y el nivel de vida de la población. Otro enfoque establecía que el ordenamiento plani-

ficado y el mercantil guardaban relación. Sostenían los partidarios de esta orientación que muchos productos estaban sujetos a ambos tipos de pautas; la particularidad radicaba en que la planificación operaba por medio del mercado.

En la antípoda se situaban los que opinaban que la normación planificada suponía el debilitamiento de la mercantil. La etapa socialista sería el escenario donde se sustituía gradualmente la presencia del mercado por la supremacía del plan. Paulatinamente, la planificación ganaría en extensión y la mercantil poco a poco se replegaría; las relaciones monetarias y de mercadeo irían perdiendo significado, hasta ser sustituidas, como medio de regulación de la economía socialista por la planificación.

Un lugar destacado ocupó las discusiones entorno a las características que debían conformar el “modelo” a seguirse en la reforma estructural de la economía. Se definió el concepto de “modelo”, entendiéndolo en calidad de herramienta de análisis, de investigación, como abstracción teórica, síntesis de las regularidades fundamentales de uno u otro sistema económico, conjunto de sus principales contornos y bases de funcionamiento.

En síntesis, cuatro fueron los “modelos” que ocuparon la mayor atención. Se vincularon, asimismo, a las diferentes fases experimentadas en el proceso de la reforma hasta los tiempos que corren en la actualidad. De una parte se contaban los científicos, que al pronunciarse por la economía mercantil planificada, sostenían la sólida unidad de los mecanismos planificados y de mercado. Diferenciándolo del “modelo clásico” altamente centralizado y también de la economía de mercado. Esto se tradujo en la proposición, “la economía planificada es lo principal y la regulación de mercado lo auxiliar”.

En lo esencial, aquí lo que se quería subrayar era que la economía planificada acentuaba el carácter directivo, en tanto que el ordenamiento mercantil se refería, en lo fundamental, a la agricultura y a la producción industrial adicional, elaborada fuera del plan y a partir de materiales secundarios. La limitación de este modelo, se argumentaba, consistía en que no aseguraba cambios radicales en el sistema económico.

En otro punto de referencia se situaron los propugnadores de hacer depender el mercado de macrocontroles en la dirección por medio del plan. Convertían a este último en un modelo orientador, provisto de “palancas” para “reanimar” las empresas utilizando métodos económicos de control indirecto, la unificación de los principios de las ventajas materiales y la justicia social, vertebrados dentro de un amplio espectro de nexos horizontales.

En visión práctica, de esta interpretación podría decirse que el funcionamiento de la economía lo determinaban tres factores: la “planificación directiva”, que no se eliminaba pero sufría restricciones; el “plan guía” utilizado por el Estado mediante

palancas económicas para regular la economía y el “mercado” que parcialmente influía en el desempeño económico.

En otro orden de cosas lo planificado determinaba por arriba y lo mercantil regulaba desde abajo. Tal modelo alcanzó difusión durante la llamada “etapa dual” y en realidad, tuvo un carácter transitivo. La “dualidad” estuvo asociada a la existencia de precios determinados centralmente y la liberalización de una parte de ellos siguiendo los imperativos mercantiles.

Estaban, además, los partidarios de un modelo integrado al mercado basado en la propiedad social. Los especialistas que comenzaron abogando por este método entendían que debían sustituirse los mecanismos caducos de la macroregulación propios de la “economía productora de artículos”, por un nuevo “modelo” correspondiente a una economía mercantil.

En sus diversas versiones esta corriente encontró fiel reflejo en el concepto de “el mercado rige las empresas; el Estado regula el mercado”. El intercambio de mercancías se entendía como proceso mediador entre lo estatal y las entidades. El Estado debía orientar a los agentes económicos en condiciones en que el 100% de los vínculos verticales y horizontales se integraran a través del mercado.

Parece oportuno recordar que la aceptación de que el Estado influyera en el mercado y en las empresas mediante señales mercantiles atrajo a mediados de los años ochenta, cada vez a mayor número de seguidores. La transición del “modelo dual” a uno de las características anteriores coincidió con desajustes en los mercados y destape de procesos inflacionarios que, unido a factores sociales, desembocaron en 1989 en los dramáticos sucesos de Tian'anmen. Como resultado, aparecieron reclamos por volver al primer “modelo”. Lo que, de hecho, significaba un freno a los procesos de reforma y en última instancia, un regreso a las posiciones superadas desde mediados de la década de los años ochenta.

El impulso dado a la continuación de la reforma, sobre todo desde 1992, con la activa intervención de Deng Xiaoping, después de un extenso recorrido por varias de las zonas sureñas, pioneras en el desencadenamiento de las transformaciones económicas, se vieron concretadas en las resoluciones que dimanaron del XIV Congreso del PCCH.

Se propugnó, desde entonces, un “modelo de planificación” que tendría como centro conformar una economía mercantil; el objetivo planificador debía consistir ahora en unir el control directo y el macroeconómico, con la particularidad de que el papel principal correspondiera a los métodos indirectos. La reforma china transitaría, desde ese momento, hacia la implantación de una “*economía socialista de mercado*”. Este sería el derrotero para ajustar el funcionamiento de las empresas, para reconstruir las dimensiones y la estructura de la oferta agregada social.

En conclusión, los diversos y contrapuestos criterios argumentados por los estudiosos chinos durante la reforma, acerca de los modelos de planificación, fueron generalizados del siguiente modo. El llamado “comunismo de guerra”; de “econo-

mía planificada centralmente”; el “modelo perfeccionado de economía planificada centralizada”; de “conjugación orgánica del plan y el mercado”; y el de “socialismo de mercado”.

Si las anteriores propuestas se proyectaran en el tiempo, puede afirmarse que excluyendo el primer modelo, que correspondió al inicio del socialismo en la URSS, los dos siguientes recogían mucho de las experiencias conocidas soviéticas (excepto las yugoslavas) y de los países del Este y centro europeo. Las dos restantes variantes correspondían a “modelos autóctonos”; resultados de las búsquedas generadas por el desarrollo de la propia reforma china.

Debe añadirse que un economista (Liu Guoguang) sostuvo la conveniencia de introducir un modelo de “economía con control administrativo indirecto”. En el momento que hacía esta proposición, iniciada ya la década de los años noventa, razonaba que la dirección de las empresas estatales mediante la planificación directiva ya estaba, en la práctica, liquidada. Agregando, que aun los mecanismos de gestión indirectos, propios del mercado, y el entorno necesario para desplegar los resortes macroeconómicos de control indispensables, no habían sido creado ni desarrollados suficientemente.

Las cuestiones relativas al perfeccionamiento de la propiedad gestionada por el Estado, reconsiderar su contenido, separar el dominio de las empresas de la capacidad de dirigir las, el derecho a la administración autónoma de los agentes económicos con la responsabilidad sobre las ganancias y pérdidas, sustituir los bienes estatales por un sistema por acciones, fueron entre otros, algunos de los tópicos que atrajeron la atención en los debates habidos en esta esfera.

En las discusiones no solo se destacó el carácter teórico del problema sino la importancia práctica de este. Se asumía que era imposible pasar a la introducción de mecanismos monetario-mercantiles sin reformar los tipos de propiedad, incluida la social o de todo el pueblo.

La atención recayó en dos bloques de problemas. Uno consistía en la transformación de la estructura de la propiedad; resaltándose la necesidad del desarrollo de varias formas, esto es la social —identificada con la estatal y posteriormente con la pública— la cooperativa, la individual, privada y la mixta. Se destacaba que el propietario privado, ganando dinero aportaba recursos para solucionar problemas de alimentación, vivienda, etcétera.

Con fuerza se verificó, en la práctica, que al desarrollarse las formas individuales y privadas de actividades surgieron fábricas que utilizaban trabajo asalariado; regulándose más tarde su empleo. Sobre los dueños de estas entidades pesaba la eventual confiscación; el resultado era que no mejoraban la tecnología ni incrementaban los negocios. Posteriormente, una enmienda en la Constitución solucionó legalmente esta situación.

El otro tocó la transformación de la propiedad estatal; resultó más complicada y en su lógica evolución, continua siendo el “nudo gordiano” actual de la reforma. El inicio de tal proceso puso sobre el tapete opiniones dispares y en unos casos, muy alejadas las interpretaciones compartidas. Para algunos economistas era imposible introducir cambios en este campo; el carácter del Estado dejaría de ser socialista. Para otros, sin variar los fondos públicos no era posible introducir, desarrollar y perfeccionar las categorías mercantiles.

No obstante, parece que fue alto el consenso en cuanto a la limitación que debía darse en la preponderancia de la propiedad estatal. Los criterios convergieron hacia el mantenimiento del monopolio de los recursos minerales, los sectores industriales donde se concentraran los más importantes intereses sociales; los que garantizarán los altos fines políticos y económicos del Estado. Todo lo demás debía ser transformado, incluyendo los servicios comerciales y otros de carácter local o regional.

Para efectuar estos cambios las alternativas comprendieron métodos que incluían la venta de pequeños talleres a familias o propietarios privados, estimular las actividades productivas y de servicios colectivas, comunales, cooperativas, sociedades accionarias anónimas, etc. Los entes estatales, más la gama del “nuevo empresariado” formado se harían compatibles a través del mercado.

Mucho se escribió acerca de que partiendo de las condiciones existentes en el desarrollo de las fuerzas productivas, debían establecerse proporciones entre la “propiedad de todo el pueblo”, las colectivas, la semisocialistas y las no socialistas. Se llegó hasta sugerir escalas, por ejemplo, de 5: 3: 1: 1; y hacer racional las distintas formas de propiedad asegurando tres elementos: “calidad, cantidad y medida”.

Por “calidad” se entendía la supremacía de la propiedad social, aunque debe destacarse que lo “social” se identificaba con lo “estatal”. En cuanto a esclarecer, cuestionarse, dilucidar o establecer las posibles similitudes y diferencia en esta unificación, no fue posible consultar tratamientos en este tema en los materiales teóricos disponibles de la época.

Lo tocante a la “cantidad” se asociaba a la garantía de la supremacía absoluta de la economía pública. Se sugerían ponderaciones que iban desde el 10 % al 20 % del volumen de la producción industrial; de un 20 % al 30 % en la agricultura; niveles más altos para el comercio y los servicios, en los pesos específicos límites para los tipos de propiedad no estatales. La “medida” se refería al mantenimiento de la orientación socialista, así como a asegurar el rápido desarrollo de las fuerzas productivas sociales.

En el tema de la orientación a seguir en la reforma estructural de la economía resultaron, en esencia, comunes cinco puntos claves. Los precios se situaron como relación neurálgica; se insistió en la necesidad de una correcta regulación interna de las reformas de la propiedad y los precios; con énfasis se ponderó el lugar de la

reestructuración de todo el sistema de precios y su importancia como factor de equilibrio en la renovación de la estructura económica.

La relevancia en esta materia no solo afectaba al sistema empresarial, sino también tocaba sensiblemente a los consumidores finales. Por ello, el análisis y problemas centrales que envolvía el correcto manejo de los cambios en la esfera de los precios, tenían repercusiones evidentes en los proyectos, planes y programas a desarrollar en el propio avance de la reforma integral del modelo económico.

El progreso de la reforma se asoció con los cambios a introducir en los tipos de propiedad. Ciertamente la clave, se insistía, radicaba en perfeccionar la “propiedad socialista”. Se planteaba formar mecanismos racionales reguladores de la distribución que condujeran a la armonía de intereses e ingresos.

Otro elemento sobre el que se fijaba la atención correspondía a lo imperfecto y distorsionado de los instrumentos mercantiles en uso. Coincidían los llamados para poner en punto estos mecanismos; utilizarlos como base para formar un modelo económico nuevo, la “economía mercantil planificada”.

La clave del éxito en los procesos transformadores emprendidos no solo, se decía, residían en la puesta en práctica de programas. De lo que en esencia se trataba era de interrelacionar, de manera coordinada, las diversas medidas aplicada imprimiéndoles un carácter integral, con lo cual, la vía reformadora tendería a armonizar el funcionamiento de la economía.

No quedó, igualmente, fuera de tratamiento en los estudios que el propio adelanto de la reforma y las transformaciones en la estructura de la economía no podrían coronarse con éxito sin involucrar innovaciones en el sistema político y en la psicología social. Asimismo, un punto polémico, nuevo dentro de la economía política del socialismo, “ortodoxa”, correspondió al tratamiento y posibilidad de la existencia social de un “sistema de acciones”.

Sobre este tema, en un extremo se situaron los que afirmaban que existían diferencias sustanciales entre la economía de mercado socialista y la producción de mercancías basada en la propiedad privada. Argumentaban, que un “sistema de sociedades por acciones” no era resultado inevitable del desarrollo de la economía mercantil socialista. Consideraban que la puesta en práctica de instrumentos bursátiles de este tipo entorpecería la regulación estatal; introduciría elementos de confusión complementarios; debilitando, en cierta medida, la utilidad o conveniencia de las actividades de las empresas. Agregaban, en sus reparos, que la distribución de los dividendos entre los accionistas contenía factores de riesgo que provocarían la hipertrofia del fondo de consumo, en detrimento de la gestión eficiente de la economía.

Otros economistas asumieron una posición intermedia; aprobaban el empleo de un sistema de acciones propio del socialismo, pero solo en determinadas condicio-

nes. Reconocían que podría desempeñar un papel positivo en la concentración de capitales y contribuir a unificar con eficacia diversos elementos fundamentales de la producción. Pero, limitaban su admisión, al excluir su introducción en las empresas que lograban altos beneficios.

Un “ala más radical” veía en el “sistema de acciones” un factor positivo para reformar la propiedad estatal. Es más, aceptaban que tal instrumento podría convertirse en la palanca económica fundamental para reestructurar lo dominado por el Estado. Este sistema les parecía un mecanismo idóneo para hacer desaparecer la “propiedad de nadie”, en la situación, universalmente aceptada, de que la responsabilidad por los bienes de las empresas no tenían sujetos reales.

La “propiedad de todo el pueblo”, añadían, podía encauzarse por este camino, contribuyendo a restablecer las relaciones de cooperación entre propietarios, unificar los intereses de gerentes y trabajadores de la empresa, y crear nuevos incentivos para elevar la eficiencia económica en el desenvolvimiento de las unidades productivas. Adicionalmente, facilitarían acumular medios libres para fines sociales; “las acciones” servirían de freno a la creciente demanda de inversiones con cargo a los fondos del presupuesto; serían un factor poderoso para distribuir más racionalmente los recursos de la sociedad.

La novedad de la introducción del “sistema de contrata” en la agricultura y su posterior difusión en la industria dio lugar a encontrados puntos de vistas. Si bien el éxito alcanzado en el agro era inobjetable, no dejaron de aparecer en su lógico desarrollo, “lagunas” que dicho sea de paso, aún hoy persisten, sin que “teóricos” y “prácticos” hayan alcanzado consenso en los criterios para superar el problema. La tierra es propiedad colectiva y el campesino la “arriendo por contrato”.

Existen tres enfoques en cuanto al posible futuro del usufructo de la tierra: entrega a propietarios privados para su explotación; que el Estado la tome en propiedad para que la administre e incluso la venda; pasar al “arriendo” con derecho vitalicio, permitiendo cesión por herencia y traspaso temporal con opción a compensación. De otra parte, la formación de granjas familiares y cooperativas no se han extendido y por lo general, su rentabilidad es baja. En resumen, el problema de la tenencia de la tierra permanece sin solución, en espera de definiciones acompañadas de acuerdos políticos.

La transferencia de la “contrata” a la industria dio origen a tres enfoques básicos. Los críticos veían en esta traslación un obstáculo para profundizar la reforma. Entendían que el “contrato” encerraba objetivos inmediatos y por ello, tendía a la utilización desmedida de los recursos disponibles (maquinaria, equipos, materias primas) con el propósito de allegarse ganancias rápidas. Hacía desaparecer incentivos para las inversiones a largo plazo, innovaciones tecnológicas, creación de nuevos y más avanzados productos, etc., lo cual repercutiría negativamente en el inte-

rés por reorganizar la estructura de la producción y la permanente actualización del surtido.

Los defensores de la responsabilidad “contractual” sostenían que uno de sus méritos principales consistía en suavizar las conmociones psicológicas causadas por la reforma de la propiedad. Con fuerza subrayaban que el nivel de la técnica productiva y la experiencia en la gestión administrativa no permitía avances mayores, sin desencadenar perturbaciones organizativas. Agregaban que los topes de ganancias a compartir, entre el Estado y la empresa, reforzaban el papel del presupuesto por doble vía; fortaleciendo los ingresos y controlando el empleo de los recursos disponibles que se independizaban. Lo más ponderado por esta corriente era el impacto en la separación entre la gestión de la empresa y la administración directa estatal.

El tercer punto de vista lo manifestaron los científicos que mantenían una posición más “cautelosa o centrista”. Compartiendo ciertos argumentos de los defensores del anterior enfoque, consideraban que con sentido práctico debía asimilarse, como una medida “realista” y camino eficiente para profundizar la reforma de las empresas. En otras palabras, como etapa necesaria en la transición de la “economía productora de artículos” a la “mercantil”.

Resulta de interés recordar que el sistema de “contrata” y el “dual” coincidieron en el tiempo (mediados de los años ochenta) y ambos, compulsaron la superación de las contradicciones a que dieron origen a través de la aceptación de un “modelo activo de mercado”.

No faltaron en el renacer de la teoría económica del socialismo en China el retomar categorías conceptualizadas y “manidas” por la teoría “ortodoxa” socialista. Estas se correspondieron con la mano de obra como “mercancía” y la de trabajo “asalariado”. Tampoco puede hablarse de “innovaciones” significativas en estos campos. Para unos la fuerza de trabajo solo era mercancía en el capitalismo. La apertura de mercados de trabajo y la introducción de contratos laborales no convertían “*per se*” la mano de obra en mercancía.

Para un grupo de economistas, en el socialismo, el trabajo no solo es un medio de subsistencia, sino el único criterio para percibir remuneraciones. Por resultado, el rasero para participar en la distribución de los artículos de consumo y de otras necesidades vitales para la vida. Al existir en la fase socialista con este doble carácter, esto lo convierte en mercancía.

Al menos dos condiciones, para estos economistas, no han sido liquidadas para que el trabajo deje de ser parte del mercado. Una, los obreros poseen libertad personal para emplearse y dentro de ciertos límites, escoger profesión. Otra, los medios de producción obran en poder de grupos de trabajadores y no de cada uno aisladamente, es decir, están de conjunto “privados de propiedad”.

Al mismo tiempo, en esta categoría se dieron interpretaciones centristas o conciliadoras. Se planteó que en el socialismo los trabajadores son los verdaderos dueños

de las condiciones de producción y la clase dirigente de la sociedad. Y esto no solo lo determina la propiedad; existen, para los partidarios de esta concepción, diversos lazos entre el dominio de los medios de producción, el derecho a utilizarlos y el disponer de sus frutos. De aquí extraen la conclusión de que no hay contradicción, entre el carácter mercantil de la fuerza de trabajo y la situación de los obreros como representantes del poder rector en la sociedad.

No faltaron en esta esfera las interpretaciones sincréticas. Partiendo de que en el socialismo la mano de obra tiene carácter dual, la conceptuaban de mercantil y no mercantil. Para otros especialistas la fuerza de trabajo no es mercantil, pero le reconocen propiedades de mercancía. Como puede apreciarse, de estas valoraciones se desprende que predominaron las visiones “pragmáticas”, por encima de los intentos de “penetrar” en el análisis teórico en la naturaleza de la relación “capital-propiedad-fuerza de trabajo-distribución”.

En lo tocante al trabajo asalariado, se sobrentendió en todas las exposiciones, que en la fase socialista está ausente la explotación. Pero, a continuación, se argumentaron disímiles opiniones que llevan a poner en tela de juicio esta aseveración. Se afirmó que la cualidad de asalariado es una herencia del capitalismo, sobre todo, cuando estamos en presencia de un socialismo con bajo desarrollo de las fuerzas productivas. Interpretado a la luz de la realidad del estadio que comparten los teóricos chinos, la “etapa primaria del socialismo”, este enfoque se ajusta a la situación de la actual sociedad china. Hay entonces, elementos de capitalismo en la organización del trabajo en estas condiciones.

Otros científicos argumentan que el trabajo asalariado, por su naturaleza, es semisocialista. El peso mayor de la defensa de esta posición recae en que solo una parte ínfima de la ganancia, una vez pagados los impuestos, está destinada a la acumulación colectiva o se distribuye como “pluses” entre los trabajadores.

También, muchos científicos y académicos recurren al carácter de la dualidad de la sociedad socialista, en su “período primario”, para insistir en la presencia de ciertas formas de explotación. La evidencia palmaria que esgrimen es que, una parte del “plusproducto”, generado por el obrero, va a parar a manos de los detentores de las condiciones de producción presentes en las diferentes formas de “propiedad” que cohabitan en esta “etapa del socialismo”. Asimismo, es “socialista por su naturaleza”, ya que parte de la restante ganancia está destinada al Estado y a resolver necesidades de la colectividad. Esto, a la vez, imprime al trabajo, como categoría económica, una simbiosis asalariada y social.

Al “destaparse” la elaboración teórica y abrirse temas nuevos al debate, en la misma medida en que la reforma ganaba en profundidad y extensión, aparecieron situaciones desconocidas que, incorporadas a la discusión, trajeron tópicos “vírgenes”, ignorados, o no tratados en el legado histórico del finado “modelo económico socialista clásico”.

Planteada como meta, alcanzar una “*economía de mercado socialista*” con presencia mayoritaria de la propiedad pública, sin la privatización como sostén básico, la formación de una “política macroeconómica” para el control, gestión y dirección de la economía ganó categoría principal. Fue desplazando al “plan centralizado” de subordinación vertical y organización ramal como instrumento de control económico-social.

En este terreno “impoluta” en el socialismo cuatro fueron las opiniones que acapararon la atención preferente de los teóricos y economistas prácticos. Unos insistieron en que el centro de gravedad debía situarse en el “control de la demanda”. Aquí, en este postulado, al parecer, pesaba el legado histórico de la “economía del déficit” como característica “normal” de las economías socialistas. La existencia de demandas insatisfechas, tanto de bienes intermedios como finales hacia “racional” tal enfoque.

Debiendo agregarse que los primeros atisbos de esta vía se insinúan desde mediados-finales de la década de los años ochenta, momento en que eran evidentes los desajustes financieros, exceso en la circulación monetaria, presencia de índices elevados en el desbalance del presupuesto, etc. Lo cual hacía impensable en mejoras radicales rápidas en lograr que la oferta superara la demanda. Bajo tal síndrome, resultaba imperioso lograr que la oferta social agregada fuera superior a las necesidades, para considerar una salida al “control de la demanda”.

En otro extremo se situaban los propagadores de “estimular la demanda”. Insistían que la política macroeconómica debía orientarse a incrementar las inversiones, e incitar el aumento de los pedidos para mantener ritmos elevados de crecimiento. Criticaban que buscar el equilibrio gracias al “control del consumo” resulta de hecho una estabilidad pasiva de corta duración, lograda en el caso de utilizarse de manera incompleta, la planta productora de mercancías muy solicitadas. Esto, hacían hincapié, frenaba el avance de la economía y precisamente el despliegue de las fuerzas productivas es condición del desarrollo económico.

De otro lado, los partidarios de “elevar la oferta” alegaban que toda política macroeconómica, sana y equilibrada, debía reducir lo más rápidamente los déficit de la demanda. Precisamente el “control de la demanda” no parecía compatible con la situación de un país con una generalizada insatisfacción de las necesidades en bienes de todo tipo y servicios.

La regulación de los consumos no la veían adecuada para reconvertir la estructura de la economía y la distribución de los recursos; la situación china está contrefñida por una base industrial desigual y mayoritariamente atrasada. Tampoco la limitación de los pedidos ejercería influencia positiva sobre la oferta; amén de que impulsar a mayores demandas no solo requiere de cambios en la composición de la oferta, sino también en la articulación de una infraestructura desarrollada.

En el desarrollo de alternativas tendentes al equilibrio en los macro agregados principales de la economía, también se hicieron sugerencias ponderando las ventajas del diseño de políticas para “combinar demanda y oferta”. Los argumentos valoraban las ventajas positivas de “limitar la demanda” e “incrementar la oferta”.

Al contenerse la demanda, aducían, se da sostén a la regulación del ciclo económico; mediante el estímulo o reducción de la demanda es factible conseguir rápido equilibrio en uno u otro de los indicadores globales. El balance alcanzado por esta vía facilita aumentos de la oferta futura, influyendo positivamente en la rentabilidad, los suministros y la distribución de los recursos. Entonces, no debía hablarse, para los partidarios de este enfoque, de sustituir una política por otra, sino más bien de “complementar” las dos corrientes.

Grosso modo se han destacado las vertientes más relevantes que concentraron los temas tratados en las publicaciones especializadas, de amplia difusión, eventos, simposios y otros foros, donde los científicos chinos, con mayor o menor acierto, intentan dar contenido teórico al complejo entramado que nos acerca a la comprensión de los cambios económicos iniciados en 1978. Parece que, con ello, confirmamos la opinión prevaleciente entre la academia de que, sobre todo, ha primado el principio empírico, la prueba concreta, el experimento, por encima del prisma ofrecido o elaborado por la teoría.

A modo de recapitulación abierta

La reseña más arriba mostrada no estaría completa sin unos extractos reducidos, a manera de conclusiones no exhaustivas, acerca de las valoraciones emitidas en el plano teórico-político en la evolución mostrada por las reformas desencadenadas en China en la frontera de la década de los años setenta, hasta nuestros días. Las apreciaciones y opiniones resultan muy contradictorias al relacionarlas con “modelos socialistas ideales”, democratización de la sociedad e interpretaciones con raíces en el “socialismo real” conocido.

Para unos sinólogos, constituyen particularidades muy específicas de China; otros observadores, dentro de la “ortodoxia socialista”, se mueven en sentido divergente. Mientras que la “izquierda” radical, o democrática, con matices, las identifica con variadas formas de desarrollo capitalista. Tampoco se trata de agotar el tema, cuestión que va más allá de los propósitos aquí trazados, ni abarcar la amplia gama de tonos que florecen, al calificar dentro de uno u otro sistema político, los cambios que en las relaciones de producción vienen produciéndose en China.

Al comentar el desenvolvimiento experimentado por la ciencia y la teoría económica china, en los últimos cincuenta años, fue aceptado el concepto de que la “economía de mercado” no era identificable con el capitalismo. Más bien, consti-

tuía un conjunto de medios y métodos para la distribución de los recursos; su aparición y mutaciones es el fruto común de la civilización y desarrollo económico del mundo moderno. El mercado, no es una conquista privativa burguesa ni legado especial de esta sociedad.

Al darse contenido teórico a la “etapa primaria del socialismo”, estaba elaborándose el soporte al “particular estadio” de partida de la economía y sociedad china, para transformar la estructura económica y las formas sociales que le eran propias. Con ello, al mismo tiempo, se subrayaba la imposibilidad de “saltar” la etapa mercantil. Lo innovador consiste en que le corresponde al PCCH dirigir y organizar las tareas del desarrollo social que debió resolver la revolución burguesa. Así, la ausencia de una burguesía nacional y proletariado, surgidos de la abolición del régimen feudal, se asume por la ideología de un partido obrero. Cuestión, bueno es recordarlo, no prevista por la “teoría clásica socialista”.

De esta forma, en un extremo “ortodoxo”, en las reformas desencadenadas en China están los que las identifican con el intento de reanimar un organismo económico atrofiado en doble sentido. Uno, por el carácter campesino y no proletario del país; el otro, retomar objetivamente (sujeto a Leyes) “el desarrollo económico-social” después de intentos fallidos de introducir “experimentos” para “quemar etapas”. Vuelven, entonces, la mirada a la “Nueva Política Económica” (NEP) de inspiración leninista de los años veinte. En el giro hacia el mercado y en su posterior difusión, vislumbran la aplicación consecuente de lo que pudo ser, y es ahora, una utilización “racional” y “desarrollada” del mercado por el socialismo.

Cierto, tampoco dejan de resaltar que la economía de mercado es como “Jano”: tiene dos caras. Una de ellas, la estimulación de la actividad comercial, el incremento de los incentivos al trabajo y la saturación de las “vidrieras”; y la otra, la exacerbación de la codicia y de sentimientos e instintos bajos. La creatividad radicaría, para esta corriente, en sacar provecho del primer rostro y poner “freno social” a las deformaciones de la segunda faz.

En la antípoda de la “ortodoxia” del socialismo “real” están los que vieron en la escuela de Mao el ideal de un “socialismo aséptico”. Tal parecería que la felicidad y pureza podrían encontrarse en el “país de las hormigas de azul”; calificativo dado al pueblo chino durante mucho tiempo, por llevar hombres, mujeres, jóvenes, viejos y niños prendas iguales: pantalones y chaquetas de color añil. Esta corriente de “ultraizquierda” entendió que la defenestración de la “banda de los cuatro”, el posterior ascenso al poder, control y beligerancia que logra el grupo reformista, que tuvo como cabeza visible y dirigente indiscutido a Deng Xiaoping, representaba la “agonía de la revolución”.

Los cambios emprendidos desde 1978 traían la muerte de los ideales del “socialismo” que prometía, en oposición a la opresión capitalista, igualdad en el trabajo, la salud, el consumo, la vivienda, el descanso y la vejez asegurada. El máspreciado

legado fenecía: “comer de la olla común”. La conclusión, el “capitalismo” toca a las puertas de China. Como toda exageración extrema, aunque de “izquierda”, carga la “mano” en las deformaciones del mercado y en mucho coinciden con las valoraciones “objetivas” de la crítica “liberal-conservadora de derecha”, que enfatiza en los hechos y no en lo proclamado. Los ideales socialistas en el papel; en lo concreto desigualdades e implantación de un capitalismo no definido abiertamente.

Terreno donde más se ha insistido, en especial, una buena parte de la “izquierda democrática”; y en el otro polo la “derecha”, ya sea la más “liberal” o “recalcitrante”, atañe a la democratización de la sociedad. Aunque la reforma política, en esto coincide “tiros y troyanos”, ha quedado a la zaga de la económica, no por ello faltaron interpretaciones e intentos de abordar esta problemática en el transcurso de los últimos quince años.

La llamada “quinta modernización”, sin dudas, resulta polémica. Conciérne a materias relativas al poder del Estado y pone entredichos a derechos y prerrogativas del PCCH. Desde muy temprano (1980), la separación de las funciones del Estado y el Partido, la simultaneidad de posesiones en cargos, el ejercicio vitalicio de puestos oficiales y la excesiva burocracia administrativa, dieron lugar a debates abiertos y de gran amplitud. Las reorganizaciones de la administración, realizadas en diferentes etapas, dieron solución a la mayoría de las anteriores cuestiones. Otras, como la reducción hasta límites fundamentados de la burocracia; racionalizar y hacer eficiente el sistema de cuadros estatales y del Partido están por concluir.

Su implementación encuentra todavía oposición en diversos estratos del poder. El sistema de “contrata familiar” más la política de puertas abiertas al capital, posiblemente, engendraron “sospechas” hacia una derivación “capitalista” y estimularon campañas contra el “liberalismo burgués”. El desarrollo pleno de una democracia popular a través de causas efectivos; y ejercer el poder en los niveles básicos siguen siendo objetivos por instrumentar.

No sería hasta 1986 que volvió a retomarse la necesaria unidad de economía y política. Con entusiasmo llegó a manifestarse que la integridad de los cambios tendiera a “una majestuosa sinfonía en la que haya una reforma económica, política, ideológica y cultural”. Este curso oponía un serio valladar a las corrientes “conservadoras” que insistían en limitar el movimiento a cuestiones de cuadros y racionalización de la estructura del gobierno.

Las opiniones más “liberales” argumentaban con fuerza la necesidad de dar más participación a las masas; y lograr una división de poderes avanzada en los diversos componentes del Estado. Los progresos de la reforma política estaban estrechamente vinculados al ejercicio más libre de las opiniones, establecimiento de instituciones y estructuras que estimularan el poder real de los ciudadanos.

Es interesante recordar que en los debates de los finales de los años ochenta, resultó tema recurrente la vuelta al punto de hasta dónde la modernización de la sociedad china implicará la absorción de valores e instituciones de Occidente. Este es un dilema cultural permanente en China desde hace más de cien años; disyuntiva implícita en pro de la autoafirmación nacional en un mundo que es ya una “aldea global”.

El choque de las corrientes “renovadoras” y los partidarios de “cambiarlo todo, para que todo quede igual”, fue redefinido en el concepto de “civilización espiritual socialista”. Al erigirse en base ideológica para combatir al “liberalismo burgués”; el argumento utilizado fue su no enfrentamiento resuelto por varios años, las vacilaciones y la falta de posturas claras contra este fenómeno que, en lo esencial, se identificó con la oposición a la dirección del partido.

Para inicios de la década de los años noventa, todo análisis de la realidad china verificaba que la reforma política no ocupaba tan prominente lugar como el prestado a la económica. Pero, se constataba que la intervención estatal en la sociedad y en la vida diaria de la gente había disminuido; era palpable una limitada expansión de la población en la vida política y redefinido la ideología como base de la autoridad del poder.

La Constitución de 1984 y las adecuaciones posteriores (1988-1993-1999) para recoger y dar base legal a las transformaciones habidas, ha resultado insuficiente para lograr borrar las distancias entre el estado de la legalidad y el orden real. Los intereses personales e influencias partidarias y estatales desvían, en muchas ocasiones, la justa aplicación de las leyes. Esta observación “crítica” parece no encontrarse en “saco roto”. Uno de los objetivos propuestos por el XV Congreso plantea fortalecer la legislación, mejorar el ordenamiento, calidad de las leyes y dar forma a un “sistema legal socialista”, con peculiaridades chinas para el año 2010.

Dar dignidad a la Constitución como fundamento jurídico de “Ley de Leyes”. Hacer que se cumpla la igualdad ciudadana ante la justicia. Esto es, formar un Estado de derecho donde el imperio legal esté por encima de personas e instituciones. Poniendo punto final a la diferenciación entre “disciplina del Partido” y “derecho civil” percibida en la sociedad, de forma paralela, en detrimento de la equidad de todo hombre para responder por sus actos.

Paralelamente, se avanza en la voluntad de ratificar la Convención de la ONU sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales; e igualmente está en trámites de presentarse en la ANP la Convención de la ONU sobre Derechos Civiles y Políticos. Ambas iniciativas y dar cima a la elaboración de códigos y legislaciones más avanzadas, redundarán en el reforzamiento del respeto por la igualdad en lo económico, social y político de la ciudadanía.

Esta imperfecta situación de derechos civiles, los “liberales” la traducen en una legitimidad política en China, que parece estar fundada más en concepto de “nacionalismo” y “modernización” que en cuestiones puras de doctrina. Valoran el período postmaoísta como un “autoritarismo consultivo”; una significativa desviación del “totalitarismo” del pasado reciente, pero no un sistema político verdaderamente pluralista (existen otros partidos políticos) o siquiera cuasi-democrático.

Desde otro ángulo, el enfoque “liberal”, reconoce que la “economía de mercado socialista” es compartida por los “reformistas” y “conservadores”; las discrepancias giran, en la cúpula del PCCH, en lo relativo al ritmo y amplitud de las reformas. Siendo irreversibles los procesos en marcha en los espacios abiertos al capital en los diferentes tipos de Zonas Especiales Económicas (ZEE) e iniciativas privadas, ven un “topo” que hará incompatibles esta “inyección de capitalismo” con el poder absoluto del partido.

En el largo plazo, por consiguiente, China enfrentará tres problemas fundamentales. Uno, la legitimidad original; el mito de Mao y la Revolución (la Larga Marcha) es evaporado por la reforma. El “Mao bueno” y el “Mao malo” originan una ambigüedad que “corroe” la indiscutible autoridad del partido. El segundo, destaca las crecientes disparidades entre las regiones; para algunos de tales “chamanes” este fenómeno podría llevar, bajo nuevas formas, a la reaparición de los “señores de la guerra”. Rupturas entre las provincias prósperas y el centro, o reclamaciones políticas de redistribución de los recursos y la riqueza, pueden salir a la superficie.

El tercero y más importante es el de la ideología. Alegan que, al menos, el socialismo intentado por China, hasta la reforma, no era viable. Ahora, los cambios integrados a la sociedad, vienen acompañados de la corrupción, el abandono del partido u otras responsabilidades estatales; valerse de estas prerrogativas para fundar empresas personales o cooperativas, o disfrutar de los alicientes del “capitalismo de Estado privado”.

En estas condiciones la fuerza de cohesión probable está en un “nacionalismo nuevo y resurgido”; ofrecería el aliciente de movilizar a las masas en nombre de un gran pasado histórico y la superación de las humillaciones impuestas por los “enemigos” de Occidente. Existen razones geopolíticas para esta salida; la desintegración de la URSS dejó un gran “vacío” militar y político en el Pacífico.

Para la “izquierda”, en cualquiera de sus variantes, las argumentaciones cubren una amplia diáspora; el común denominador radica en las alternativas que abre al capitalismo a China. Hasta la muerte de Mao el “socialismo nacionalista y estatalista”; impulsó la industrialización bajo la dirección del Estado y del PCCH como Partido-Estado. Emergió un nuevo grupo social que dominó autoritariamente la vida económica y social del país.

El área urbana, relativamente privilegiada y minoritaria fue separada del universo rural. Este vivió de los recursos locales, confinado de forma coercitiva en poblados y aldeas. El acceso a la ciudad para el campesino en la práctica estaba vedado. La vida de los chinos fue dirigida en todos sus aspectos por una burocracia de “funcionarios del partido”, e impuso una tutela a la clase obrera, favorecida en lo económico, pero desposeída de atributos políticos y sociales.

Entonces, la reforma buscó flexibilizar el rígido sistema económico, otorgando más iniciativa social y económica a una población creciente descontenta, que no percibía mejoras notables en la vida diaria. El “socialismo de Estado” debía autoreformarse para lograr su supervivencia; la perpetuación del poder burocrático-Partido-Estado, ejercido sobre el pueblo chino, traducido en dominación de la sociedad por los adscriptos a la “maquinaria partidista”.

La turbulencia reformista arrastró al país hacia direcciones imprevistas; despertó alteraciones transformadoras e incluso el abandono del “socialismo real”. La progresiva generalización del mercado fue acompañada de un “capitalismo proliferante”, en principio no confesado, pero cada vez más presente y dominante. Para esta “izquierda” la sociedad china marcha hacia un “capitalismo complejo” e incluso, calificado de “raro”. Depende y es contradictorio con un poder que, en lo esencial, constituye una “burocracia de Estado”, en situación de reconversión pero que, no es la herramienta, en “términos académicos” e históricos, más adecuada para “construir un capitalismo en China”.

El “bastión” de este “capitalismo raro” tiene sus gérmenes en las pequeñas empresas, esencialmente familiares urbanas y rurales; el capital del exterior en sus variadas formas y el productor privado (más de siete personas). Pero el verdadero capitalismo se aloja, discretamente, pero a veces de modo escandaloso, en los grupos del aparato Partido-Estado. Amplias fracciones de estos estratos buscan involucrarse en negocios conjuntos y en el parasitismo del “capitalismo de Estado” en las ciudades. Se introducen en los grandes consorcios del comercio de impor-exportación, las empresas de inversión internacional creadas por el Estado o las provincias, dirigidas por altos funcionarios estatales o por personajes influyentes de las Regiones.

El futuro de esta evolución capitalista-social el pensamiento “radical de izquierda” lo predice, en alternativas dependientes de los intereses y reacomodos que sufran las altas esferas del poder. Las generaciones del “partido de los príncipes” (hijos más que las hijas), de los grandes jefes estatales y partidarios están llamadas a preparar, la reconversión económica china, pero iterando diversas opciones. En este proceso destacan el papel que el Estado siempre desempeñó en la vida económica. Vale recordar el período imperial, durante el nacionalismo de Kuon-min-tang y, desde luego, el reciente pasado maoísta. Consideran que la sociedad china salió

de la fase de autoreforma del sistema, para entrar en la etapa de descomposición, y más bien caótica, del “postsocialismo de Estado”.

Razones suficientes para atribuirle al Estado por gran número y poderosos partidarios, atribuciones para impulsar un “capitalismo privado”, pero bajo supervisión estatal, o variantes de “capitalismo de Estado”. Para algunos críticos de “izquierda” o “derecha”, el modelo taiwanés, próximo al primer ejemplo, “fascina” a importantes segmentos de la cúpula directiva china.

Otra vertiente, desde la óptica de “izquierda”, asume que está formándose una especie de “capitalismo corporativo”, partiendo de que la economía pública domina en los niveles central, regional y local. El poder de decisión estaría en manos de las zonas, provincias o prefecturas al gestionar y coordinar un conjunto de entidades, de modo similar a como un gran consorcio gestiona las actividades de las empresas. Por esta vía se alcanzaría una coherencia en la dirección regional o local. Una especie de burocracia relativamente racional que impondría una redistribución de las ventajas y beneficios, entre los que hacen los negocios, maneja el dinero y sacan los réditos. Repartiendo la “tajada” entre los cuadros, funcionarios del partido o las administraciones locales, que “pilotan”, sostienen y protegen las diversas entidades de su “corporación”.

Alternativa de tal modalidad constituiría así una “nueva clase”, burocrático-capitalista, encarnando una especie de puesta bajo tutela del “capitalismo por los funcionarios”. En resumen, de conjunto formarían la naciente cúpula de una China reinsertada en el mercado mundial. Ante cuadro figurado, como el delineado, lo que suelda la conexión en lo político en China, hay que buscarlo en el consenso existente entre las “élites”, regionales o centrales, favorables o críticas del sistema, en la afirmación de la potencia del país y del factor nacionalista.

A estos ingredientes de enlace se une el apego a la unidad de China. Legado del pasado lejano, fortificado en los siglos XIX y XX, que aporta el “galvanizante” ideológico entre los componentes muy diversos de los grupos dirigentes, e incluso, entre ellos y la gran mayoría de la población. Con suspicacia agregan que, la liberación social, la autoemancipación no cuentan, ni forman parte de las preocupaciones o de los proyectos de los animadores y beneficiarios de las transformaciones en curso.

No faltan intérpretes que aun cuando constatan que los objetivos socialistas, inspirados por Mao han quedado atrás, existe un plan coherente que progresivamente, una vez iniciada la reforma, ha ido tomando forma. Pero, ciertamente, no es un proyecto socialista; mas bien puede ser caracterizado de urdimbre “nacional y social capitalista”. Aunque la “izquierda socialista china”, querría cambiar de tono tal proyección, para hacerla parte de una “transición socialista” de largo plazo.

Antes de finalizar, parece oportuno recordar que las reformas iniciadas en 1978 son desplegadas después de un cambio en la cúspide dirigente del PCCH. Lo pecu-

liar de tales movimientos consistió, en estar encabezado o aceptado por cuadros fundadores de la Revolución y del Partido. No fue un proceso desencadenado por herederos.

Peculiar resultó el hecho de que no se intentara volver al “modelo económico clásico socialista”, experimentado en los años iniciales de la formación de la RPCH. Determinada la estructuración de una “*economía mercantil socialista*”, fue comprendido que el “mercado” requería de un entorno social, económico y político que exigía tiempo. La gradualidad en la conducción de la reforma ha sido un factor positivo, resaltado por la gran mayoría de los analistas de la experiencia china.

Todo indica que China está en camino de gestar un “nuevo modelo social”, que hoy no posee totalmente definidos sus contornos. No corresponden al “socialismo real”; sus patrones se alejan del “socialismo de Estado” y la “etapa primaria del socialismo” es un momento de tránsito. Los calificativos de identificación con el “capitalismo” solo parecen objetivos en reconocer que variadas formas de “capital” y “socialista”, por largo tiempo cohabitarán. Sí es predecible, independientemente de las formas de materialización que adopte la “genética del modelo”, que los rasgos futuros en desarrollo no serán del mismo paño, en sus perfiles esenciales, que los contenidos en los fundamentos básicos legados por el “modelo económico clásico socialista”, desechado por el “Viejo topo de la historia”.

Finalmente, los vuelcos habidos en la trayectoria de los más de cincuenta años de existencia de la RPCH en la teoría económica del socialismo en China reflejan, en última instancia, que los mismos presupuestos teóricos fueron resultado y efecto de las transformaciones prácticas. Así, “*Pasar el río tanteando las piedras*” sería parábola acertada para resumir esta experiencia. Pero, la propia vida, en lenguaje transparente ratifica que proceso tan radical como el que acontece en lo económico-político-social en la milenaria China probaría que “*no se puede pasar un inmenso e impetuoso río tanteando las piedras*”.

Bibliografía

- Algañaraz, J.: “Un topo capitalista en China”, en *Cambio 16*. 19 de octubre, 1992, España.
- Amin, Samir: “China posmaoista: Una comparación con Rusia poscomunista”, en *Realidad Económica*. No. 171, Argentina, 1999.
- Avdokushin, E: “Plan y Mercado”, en *Problemas del Extremo Oriente*. No. 3, URSS, 1989.
- Avremov, A.: “Cambios en el sistema de planificación en China”, en *Problemas del Extremo Oriente*. No. 4, URSS, 1986.

- Bell, D.: "China: el siglo que viene", en *El País*. 4 de mayo, España, 1993.
- Bustelo, P. y Fernández, Y.: "Resultados, interpretaciones y enseñanzas de la reforma económica china (1978-1998)", en *Comercio Exterior*. Vol. 49, No. 7, julio, México, 1999.
- Cornejo Romer, Alejandro: "*Las reformas económicas en China: alcance y retos*", en *Comercio Exterior*. Vol. 49, No. 7, julio, 1999.
- Díaz Vázquez, Julio A.: "Las reformas de los modelos socialistas en Asia", en *Economía Internacional*. Tomo II, Editorial Félix Varela, La Habana, 1998.
- Guangyan, Yu: "La reforma de la estructura económica china", en *Problemas del Desarrollo*. No. 79, México, 1990.
- Guoguang, Liu: "Reforma económica y administración macroeconómica: comentarios con respecto a la Conferencia Internacional sobre Administración Macroeconómica", en *Investigación Económica*. No.189, julio-septiembre, México, 1989.
- Kojima, Reetsu: "Logros y contradicciones en la reforma económica de China, 1979-1988", en *Realidad Económica*. No. 104, Argentina, 1991.
- Kukushkin, K.: "El XIII Congreso del PCCH", en *Problemas del Extremo Oriente*. No. 2, URSS, 1988.
- Lan, Liu: "China: desarrollo frente a desigualdad", en *Comercio Exterior*, Vol. 49, No. 7, julio, México, 1999.
- Law, Roland: "Las incertidumbres después de Deng", en *Hogeita Hamaika*. No. 79- 80, 1997, tomado de *Imprecor*. No. 43, mayo, 1997.
- _____: "China bajo la era de Deng Xiaoping: reforma y mutación", en *Imprecor para América Latina*. No. 45, noviembre-diciembre, 1994.
- _____: "China: un capitalismo llamado socialismo", en *Viento Sur*. No. 4, agosto, 1992.
- Liangqi, Lin: "Sobre la economía de mercado socialista", en *Beijing Informa*. No. 43, China, 1992.
- Mirsky, Jonathan: "El fin de una revolución", en *New Statesman*, reproducido en *Contexto*. 22 de agosto, Nicaragua, 1984.
- Pan, Lynn: *China después de Mao: una nueva revolución*. Editorial Planeta, España, 1988.
- Prybyla, Juan S.: "Experimento económico de China: ¿Camino de regreso del Mercado?", en *Problemas Internacionales*. Enero-febrero, EE.UU., 1989.
- Rojas, Robinson: *China una revolución en agonía*. Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, España, 1978.

- Solinger, Dorothy J.: “Medidas capitalistas con características chinas”, en *Problemas Internacionales*. Enero-febrero, EE.UU., 1989.
- Xiaoping, Deng: *Construir el socialismo con peculiaridades chinas*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, China, 1985.
- Zhoungli, Zhang: “Sobre la reforma del sistema económico”, en *Problemas del Extremo Oriente*. No. 6, URSS, 1990.
- “Crítica de la “liberalización burguesa en la prensa china”, en *Problemas del Extremo Oriente*. No. 4, URSS, 1987.
- China Reforma y Apertura: Informes, documentos y discursos*. Editora Política, La Habana, 1990.
- “Informe presentado ante el XIV Congreso Nacional del PCCH”, Jiang Zemin, en *Beijing Informa*. No. 43, 1992.
- “Prensa de la RPCH. Sobre algunos resultados del desarrollo de la sociedad china”, en *Problemas del Extremo Oriente*. No. 3, URSS, 1987.